

Kurt Vonnegut

Matadero Cinco



Matadero Cinco catapultó a **Kurt Vonnegut** como uno de los grandes ídolos de la juventud norteamericana y se convirtió de inmediato en un clásico de la literatura contemporánea. Una historia amarga, conmovedora y a la vez divertidísima, de la inocencia confrontada con el apocalipsis, «una novela con ribetes esquizofrénico-telegráficos», en palabras de su autor.

Kurt Vonnegut fue hecho prisionero en la Segunda Guerra Mundial y se encontraba en Dresde cuando esta ciudad fue bombardeada y arrasada por la aviación norteamericana; este hecho le marcó profundamente y decidió escribir un libro en torno a ese tema: *Matadero Cinco*. La historia de un superviviente de la matanza que, muchos años más tarde, es raptado y transportado al planeta Trafalmore es una de las muchas tramas que se entrecruzan en una obra profundamente innovadora, en la que resplandecen cegadoras metáforas de la nueva era y en la que los pasajes de ciencia-ficción funcionan a la manera de los payasos de Shakespeare. El humor, a menudo muy negro, es esencial en la obra de Vonnegut, quien ha afirmado que «lo cómico es parte tan integral en mi vida que empiezo a trabajar en una historia sobre cualquier tema y, si no encuentro elementos cómicos, la dejo».

*A Mary O'Hare
y Gerhard Müller*

*El ganado muge,
El Niño se agita,
Pero Jesusito,
ni llora ni grita.*

1

Todo esto sucedió, más o menos. De todas formas, los partes de guerra son bastante más fieles a la realidad. Es cierto que un individuo al que conocí fue fusilado, en Dresde, por haber cogido una tetera que no era suya. Igualmente cierto es que otro individuo, al que también conocí, había amenazado a sus enemigos personales con matarlos por medio de pistoleros alquilados. Y así sucesivamente. He cambiado los nombres de los personajes.

Es cierto que volví a Dresde, con dinero de Guggenheim (Dios le bendiga), en 1967. La ciudad se parecía un poco a Dayton, Ohio, aunque con muchos más espacios libres. Su suelo debía de contener toneladas de harina de huesos humanos.

Volví allí con un viejo camarada de la guerra, Bernard V. O'Hare, y nos hicimos amigos del taxista que nos llevó hasta el matadero donde nos habían encerrado una noche como prisioneros de guerra. Su nombre era Gerhard Müller y nos dijo que había sido prisionero de los americanos durante algún tiempo. Le preguntamos qué tal se vivía bajo el comunismo, y él respondió que al principio era terrible — pues todo el mundo tenía que trabajar muchísimo, aparte de que no había ni cobijo ni alimentos ni ropas adecuadas —, pero que ahora las cosas estaban mucho mejor. Tenía un apartamento, pequeño aunque muy agradable, y su hija recibía una educación excelente. La madre quedó calcinada en el bombardeo de Dresde. Como suena.

En Navidades envió una postal a O'Hare cuyo texto decía:

«Deseo que usted y su familia, así como su amigo, pasen unas felices Navidades y un próspero Año Nuevo, y espero que nos encontraremos nuevamente, si la casualidad lo permite, dentro de un taxi, en un mundo de paz y libertad».

Me gustó mucho eso de «si la casualidad lo permite».

Me disgustaría decir lo que este asqueroso librito me ha costado en dinero, malos ratos y tiempo. Cuando volví a casa después de la Segunda Guerra Mundial, hace veintitrés años, pensé que me sería fácil escribir un libro sobre la destrucción de Dresde, ya que todo lo que debía hacer era contar lo que había visto. También estaba seguro de que sería una obra maestra o de que, por lo menos, me proporcionaría mucho dinero, por tratarse de un tema de tal envergadura.

Pero cuando me puse a pensar en Dresde las palabras no acudían a mi mente, al menos no en número suficiente para escribir un libro. Y tampoco ahora, que me he convertido en un viejo fatuo con sus recuerdos, sus manías y sus hijos ya crecidos, tengo palabras para hacerlo.

Pienso en lo inútil que me ha resultado el recuerdo de Dresde, en lo tentador que ha sido el tema para muchos escritores, y me acuerdo del famoso estribillo:

*Había en Estambul un joven
Que así interpelaba a su herramienta:
«Me quitaste la salud
Y mi hacienda arruinaste,
Y ahora todo es poco para ti,
¡Vieja loca!».*

Y también me acuerdo de la canción que sigue:

Mi nombre es Yon Yonson.

*Trabajo en Wisconsin,
En una serrería
Y cuando voy por la calle,
La gente me pregunta:
«¿Cómo te llamas?».
Y yo contesto:
«Mi nombre es Yon Yonson,
Trabajo en Wisconsin...»*

Y así hasta el infinito.

Al paso de los años, la gente que he conocido me ha preguntado muchas veces en qué trabajo, y por lo general yo he contestado que la obra más importante que tengo entre manos es un libro sobre Dresde.

Una vez le dije eso a Harrison Starr, el productor de cine, y él levantó las cejas inquiriendo:

—¿Es un libro anti-guerra?

—Sí —contesté—. Me parece que sí.

—¿Sabes lo que les digo a las personas que están escribiendo libros anti-guerra?

—No. ¿Qué les dices, Harrison Starr?

—Les digo, ¿por qué no escriben ustedes un libro anti-glaciar en lugar de eso?

Lo que quería decir es que siempre habría guerras y que serían tan difíciles de eliminar como lo son los glaciares. Desde luego, también yo lo creo.

Además, aunque las guerras no siguieran siendo como los glaciares, seguirás siendo llorada, vieja muerte.

Cuando era algo más joven y ya trabajaba en mi famoso libro sobre lo de Dresde, le pedí a un viejo camarada de guerra llamado Bernard V. O'Hare si podía venir a verme. Él era fiscal de distrito en Pennsylvania, y yo escritor en Cape Cod. En la guerra habíamos sido soldados de reconoci-

miento de infantería, y ninguno de los dos había pensado jamás en hacer dinero después de que ésta terminara. No obstante, ambos nos desenvolvíamos bastante bien.

Hice que la Compañía Telefónica lo encontrara. Para estas cosas, son maravillosos. A veces, a altas horas de la noche, me da esa manía de mezclar el alcohol con el teléfono. Me emborracho y luego, gracias a mi aliento, que parece hecho de mostaza y rosas, alejo de mi lado a mi mujer. Entonces, hablando en un tono grave y solemne, pido a las telefonistas que me comuniquen con tal o cual amigo del que no he tenido noticias en los últimos años.

Me puse en contacto con O'Hare de esa forma. Él es bajo y yo soy alto. Le dije por teléfono quién era, y que habíamos sido capturados juntos durante la guerra. Se lo creyó en seguida. Estaba levantado, leyendo, y en su casa todo el mundo dormía.

—Escucha —dije—, estoy escribiendo un libro sobre Dresde y me gustaría que alguien me ayudara a recordar algunas cosas. Pienso que podría ir a verte, para beber, charlar y recordar.

No se entusiasmó. No creía recordar gran cosa. A pesar de ello, me dijo que fuera.

—Creo que el clímax del libro será la ejecución del pobre Edgar Derby —le expliqué—. Fue una ironía tan grande... Una ciudad entera es destruida, miles y miles de personas mueren, y es entonces cuando ese soldado de infantería se ve arrestado en unas ruinas por coger una tetera. Pero lo más absurdo es que le hacen un consejo de guerra y es fusilado por el pelotón.

—Humm —dijo O'Hare.

—¿No crees que ése debe ser el punto culminante del libro?

—No sé —contestó—. Eso es cosa tuya, no mía.

Como traficante que soy de momentos apoteósicos y emocionantes, de caracterizaciones y diálogos maravillosos, de comparaciones y «suspenses», había esbozado la historia sobre Dresde muchas veces. El mejor esbozo, o por lo menos el más bonito, fue el que escribí en la cara posterior de un rollo de papel de empapelar.

Utilicé los lápices de mi hija; un color diferente para cada una de las principales situaciones y caracteres. La historia empezaba en un extremo del rollo de papel y terminaba en el otro, de modo que el meollo ocupaba todo el centro. Y la línea azul se encontraba con la roja, para después cruzarse con la amarilla, que, por fin, se acababa cuando el tipo representado por la línea amarilla moría. Y así todo. La destrucción de Dresde, por ejemplo, estaba representada por una acotación vertical de color naranja que era cruzada por todas las líneas que continuaban aún con vida, algunas de las cuales incluso se salían por el otro lado.

Al final, cuando todas las líneas cesaban estaba la batalla del Elba, en las afueras del Halle. Llovía. La guerra en Europa había terminado hacía un par de semanas. Y permanecíamos formados en hileras, bajo la custodia de soldados rusos. Nosotros, ingleses, americanos, holandeses, belgas, franceses, canadienses, sudafricanos, neozelandeses, australianos; miles de individuos que dejábamos de ser prisioneros de guerra.

Al otro lado del campo había miles de rusos, polacos y yugoslavos, que eran custodiados por soldados americanos. El cambio se hizo bajo la lluvia y uno por uno. O'Hare y yo subimos a la caja de un camión americano con muchos otros. Él no traía ningún recuerdo —casi todos los demás llevábamos algo—, pero yo cargaba con un sable de ceremonia de la Luftwaffe; todavía lo tengo. El americano pequeño y loco al que en este libro llamo Paul Lazzaro tenía casi cien gramos de diamantes que había tomado de per-

sonas muertas en los refugios de Dresde. Y así sucesivamente.

Un inglés idiota, que en alguna parte había perdido todos los dientes, guardaba su recuerdo en una bolsa de lona apoyada sobre el empeine de mis pies. De vez en cuando echaba un furtivo vistazo al interior de la bolsa, y después volvía los ojos de un lado para otro girando su huesuda nuca como si quisiera sorprender a alguien que mirara codiciosamente su bolsa. Y, hecho todo esto, la hacía repicar sobre mis pies. Al principio creí que ese movimiento de la bolsa era accidental. Pero estaba en un error. Porque lo que atormentaba al chico era que *tenía* que enseñar a alguien el contenido de la bolsa, y había decidido que podía confiar en mí. En un momento dado sorprendió mi mirada, me guiñó un ojo y abrió la bolsa. Contenía una reproducción en yeso de la Torre Eiffel, que tenía una capa de pintura dorada y, en el centro, un reloj.

—Es un objeto aplastante —dijo.

Nos llevaron a un campo de recuperación francés donde nos alimentaron con batidos de leche y chocolate, amén de otros ricos alimentos, hasta que estuvimos rollizos como bebés. Entonces nos mandaron a casa. Y yo me casé con una bonita muchacha, que estaba también rolliza como un bebé.

Y tuvimos bebés.

Y ahora que ya son mayores, yo soy un viejo fatuo, cargado de recuerdos y manías. Mi nombre es Yon Yonson, y trabajo en Wisconsin, en una serrería...

A veces, entrada la noche, cuando mi mujer ya se ha acostado intento llamar por teléfono a algunas antiguas amigas.

—Operadora, me pregunto si podría darme el número de la señora Fulana, que creo vive en tal calle —digo.

—Lo siento, señor. No tenemos esa referencia.

—Gracias, operadora. Gracias de todos modos.

Y saco el perro fuera, o lo dejo entrar y charlamos. Le hago saber que me gusta, y él me hace saber que le gusto. A él no le importa el olor a gas de mostaza y rosas.

—Eres un buen chico, «Sandy» —le digo al perro—. ¿Sabes? Eres estupendo.

A veces pongo la radio y escucho algún programa hablado de Boston o Nueva York. Cuando he bebido mucho, no puedo soportar las grabaciones musicales.

Luego, tarde o temprano, me acuesto. Y mi mujer me pregunta qué hora es. Siempre quiere la hora. Cuando no la sé le digo:

—Que me registren.

A veces me pongo a pensar en mi educación. Después de la Segunda Guerra Mundial, fui a la Universidad de Chicago durante algún tiempo. Estudié en el Departamento de Antropología. Por entonces enseñaban que no había diferencia alguna entre unas personas y otras. Deberían enseñarlo todavía.

Otra cosa que nos enseñaban era que nadie era ridículo, ni malo, ni desagradable. Poco antes de morir mi padre me dijo:

—Mira, hijo, no escribas nunca una novela con un personaje malo.

Y yo le contesté que ésa era una de las cosas que había aprendido en la universidad, después de la guerra.

Mientras estudié antropología, trabajaba también como reportero de sucesos para el famoso Chicago City News Bureau por veintiocho dólares a la semana. En una ocasión me hicieron cambiar el turno de día por el de noche, así que tuve que trabajar dieciséis horas de un tirón. Servíamos a todos los periódicos de la ciudad, a la AP, y la UP, todos. Y acudíamos a los tribunales, a las comisarías de policía, a los

parques de bomberos, a los guardacostas del lago Michigan y todo eso.

Estábamos en contacto con nuestros clientes por medio de los tubos neumáticos que hay instalados bajo las calles de Chicago. Los reporteros contaban los sucesos, por teléfono, a unos escribientes que llevaban auriculares; los escribientes transcribían los sucesos a unas hojas ciclostiladas; las narraciones ciclostiladas eran metidas dentro de unos cartuchos de latón y terciopelo, y los cartuchos se los tragaban los tubos neumáticos. Ah, casi todos los reporteros y escribientes que realizaban su trabajo más concienzuda y meticulosamente eran mujeres que habían reemplazado en el trabajo a hombres que se habían marchado a la guerra.

El primer suceso del que informé lo tuve que dictar por teléfono a una de esas feroces muchachas. Se refería a un joven veterano que estaba empleado como ascensorista de un viejo cacharro instalado en un edificio de oficinas. La puerta del ascensor del primer piso estaba adornada con una especie de encaje de hierro. Una hiedra de hierro entraba y salía por los agujeros. Y una ramita de hierro sostenía a dos pajarillos, de hierro, haciéndose el amor.

Pues bien, aquel día el tal veterano había decidido llevar su coche al sótano. Cerró la puerta del ascensor y empezó a bajar. Pero su anillo de casado se engarzó en los pajarillos, y él quedó colgando en el aire, mientras su coche bajaba. Como suena.

De manera que conté eso por teléfono, y la mujer del ciclostil me preguntó:

—¿Qué dijo la esposa del veterano?

—Todavía no lo sabe —respondí—. Acaba de suceder.

—Llámela y obtenga una declaración.

—¿Cómo?

—Dígale que es usted el capitán Finn, del Departamento de Policía. Dígale que tiene tristes noticias para ella. Déle las noticias. Y a ver qué dice.

Así lo hice. Dijo algo parecido a lo que cualquiera esperaría que dijera en un caso semejante. Había un bebé por medio... etc.

Cuando volví a la oficina, la escribiente me preguntó, con un interés únicamente informativo, qué aspecto tenía el individuo después de haber sido aplastado.

Yo se lo dije.

—¿Le preocupa eso? —me preguntó.

Estaba comiendo una barra de caramelo Tres Mosqueteros.

—¡Claro que no, Nancy! —le contesté—. He visto montones de casos peores que éste durante la guerra.

Ya entonces se suponía que estaba escribiendo un libro sobre Dresde, que, en América, todavía no era un bombardeo muy famoso. Pocos americanos sabían que había sido mucho peor que Hiroshima, por ejemplo. Yo tampoco lo sabía. No se había hecho mucha publicidad.

En cierta ocasión, en un cóctel, me encontré con un profesor de la Universidad de Chicago y le conté el bombardeo tal como yo lo había visto. También le hablé del libro que pensaba escribir. El profesor, que era miembro de una cosa que se llamaba «Comité del Pensamiento Social», me habló de los campos de concentración, de cómo los alemanes habían hecho jabón y velas con la grasa de los judíos muertos... etc.

Todo lo que pude decir fue:

—Lo sé, lo sé, *lo sé*.

Ciertamente, la Segunda Guerra Mundial había endurecido mucho a todo el mundo. Yo me convertí en agente de relaciones públicas de la General Electric en Schenectady, Nueva York, y en bombero voluntario del pueblo de Alplaus, donde compré mi primer hogar. Mi jefe era uno de los indi-

viduos más duros que he conocido y que sin duda conoceré. Había sido teniente coronel en el Departamento de Relaciones Públicas de Baltimore y, estando yo en Schenectady, se hizo miembro de la Iglesia Reformada Holandesa, que es una iglesia muy dura.

Acostumbraba a preguntarme desdeñosamente por qué no había sido oficial. Y lo decía como acusándome de haber hecho algo malo.

Mi mujer y yo ya no estábamos rollizos como bebés. Eran nuestros años flacos. Teníamos por amigos a montones de flacos veteranos con sus flacas esposas. Yo pensaba que los veteranos de Schenectady más simpáticos, agradables y divertidos, aquellos que odiaban más la guerra, eran los que en realidad habían luchado.

Entonces escribí a las Fuerzas Aéreas, pidiendo detalles sobre el bombardeo de Dresde, quién lo ordenó, cuántos aviones tomaron parte en el mismo, por qué lo hicieron, qué objetivos buscados se habían conseguido, cosas así. Me contestó un hombre que, como yo, trabajaba en relaciones públicas, diciendo que lo sentía mucho, pero que la información continuaba siendo alto secreto.

Leí la carta a mi esposa en voz alta y dije:

—¿Secreto? Dios mío, ¿de quién?

Por aquel entonces formábamos la Unión de Federalistas Mundiales... Ahora, en cambio, no sé lo que somos. Telefonadores, supongo. Porque telefonemos mucho, y yo lo hago, en cualquier caso, a altas horas de la noche...

Un par de semanas después de haber llamado por teléfono a mi viejo camarada de guerra Bernard V. O'Hare, fui a verle en persona. Esto sucedería en 1964 más o menos, durante la celebración de la Feria Mundial de Nueva York. *Eheu, fugaces labuntur anni*. Mi nombre es Yon Yonson... Había en Estambul un joven...

Me llevé a dos niñas, mi hija Nanny y su mejor amiga, Allison Mitchell. No habían salido nunca de Cape Cod. En el camino cruzamos un río, y paramos para que las dos chiquillas pudieran bajar a mirarlo y meditar un rato sobre él. Nunca hasta entonces habían visto agua en esa forma: larga, estrecha y lisa. El río era el Hudson, y por su curso nadaban carpas tan grandes como submarinos atómicos.

También encontramos cascadas y arroyuelos que saltaban entre las rocas y se sumergían en el valle de Delaware. Había muchas cosas que nos tentaban a hacer un alto en el camino: las observábamos y luego reemprendíamos la marcha. Siempre llega el momento de partir. Las niñas llevaban blancos vestidos de fiesta y zapatos negros, también de fiesta, para que los forasteros pudieran darse cuenta al instante de lo bonitas que eran. «Tenemos que irnos, niñas», decía. Y nos marchábamos.

Cuando se puso el sol, fuimos a cenar a un restaurante italiano, y después llamé a la puerta principal de la hermosa mansión de piedra de Bernard V. O'Hare. Yo llevaba una botella de whisky irlandés en forma de campanilla de mesa.

Conocí a su encantadora esposa, Mary, a quien he dedicado este libro. También se lo he dedicado a Gerhard Müller, el taxista de Dresde. Mary O'Hare es enfermera titulada, lo cual es una cosa magnífica para una mujer.

Mary cumplimentó a las dos niñas que traía conmigo y se las llevó escaleras arriba, con sus hijos, para que jugaran juntos y vieran la televisión. Sólo después de que los niños se hubieron marchado me di cuenta de que yo no le gustaba a Mary, o que no le gustaba *algo* de aquella noche. Se mostraba cortés, pero fría.

—Tenéis una casa preciosa y agradable —dije.

Y era cierto. Pero ella hizo como si no hubiera oído, y comentó: